

## ARTIGO

# LA PERSISTENTE PRESENCIA DE LOS NIÑOS COMBATIENTES EN LA HISTORIA DE COLOMBIA

## THE PERSISTENT PRESENCE OF THE CHILD SOLDIERS IN COLOMBIA'S HISTORY

XIMENA PACHÓN\*

### RESUMO

El niño combatiente, el niño soldado es una realidad que ha acompañado la historia de Colombia desde tiempos inmemoriales, aunque su presencia ha permanecido invisible y tan solo en los últimos tiempos su participación se hizo evidente. Su masivo involucramiento en los campos de batalla como combatiente fue irrefutable finalizando el siglo XX. En este escrito, se busca explorar a lo largo de los diferentes conflictos que se sucedieron en el país, como ha sido el niño involucrado en la guerra, que funciones ha desempeñado, a que edades ingresaron y como fueron vistos. Se mira la Guerra de los Mil Días con la que inicia Colombia el siglo XX, luego la época de La Violencia de mediados de siglo, para finalizar con el conflicto actual, que de una manera generalizado atrapó a los niños y niñas de los campos y ciudades de Colombia en su telaraña de violencia. Se concluye con unas reflexiones finales sobre la participación de los niños como combatientes.

**PALABRAS-CHAVE:** Historia infancia; Colombia; Niño combatiente; soldado; Colombia.

### ABSTRACT

The child soldier is a reality that has accompanied the history of Colombia since immemorial times, although its presence has remained invisible and only recently its participation became apparent. Its massive involvement in the battlefield as a fighter was irrefutable by the end of the twentieth century. In this paper, we seek to explore the various conflicts that occurred in the country, as the children have been involved in the war, which roles they have played, to which ages they were admitted. The Thousand Days War initiated the twentieth century in Colombia, then the period of the midcentury Violence, up to the current conflict, which in a general way trapped the children of the fields and cities of Colombia in its web of violence. We conclude with some final thoughts on the involvement of children as combatants.

**KEYWORDS:** History childhood; Colombia; fighter; soldier; Colombia

child.

El niño combatiente, surge en la historia de la infancia en Colombia como una realidad que persistentemente nos ha acompañado desde tiempos remotos y sobre la cual tan solo a finales del siglo pasado y principios de este, dada su presencia masiva e inocultable, se convirtió realmente en un problema social para las autoridades estatales y los organismos internacionales. Si bien, otros países de América Latina como México, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Perú entre otros, han compartido con Colombia la experiencia de las guerras internas cuya dinámica ha involucrado a niños y niñas, quienes se han adiestrado en el uso de las armas, han combatido en los frentes, han dirigido ataques, sembrado minas, interrogado, torturado prisioneros y desarrollando otros servicios de orden militar, pero quienes también han sido capturados, torturados y muertos; en Colombia la persistencia y la intensidad del conflicto armado ha determinado que el niño combatiente, continúe siendo hasta la fecha una realidad que nos sigue acompañando. Esperamos, que con un esperanzador acuerdo de paz que trabaja el actual gobierno con las Fuerzas Armadas Revolucionaria de Colombia FARC en la Habana y posiblemente con el ejército de Liberación Nacional ELN, el niño combatiente se convierta en un hecho del pasado. En ese artículo rastrease de manera muy exploratoria cómo ha sido la participación de los niños y las niñas en los conflictos que Colombia ha vivido a lo largo del siglo XX.

### **1. Los niños combatientes y la Guerra de los Mil Días. (1989-1902)**

La **Guerra de los Mil Días** fue la mayor guerra civil que azotó a la República de Colombia y a Panamá, a la época solo un Departamento del país. Su resultado fue la victoria del gobierno y una de las consecuencias la separación de Panamá en 1903. El conflicto que duró 1.130 días, enfrentó a miembros del Partido Liberal Colombiano contra el gobierno, encarnado en una fracción del Partido Conservador. En sus inicios, ambos bandos combatieron con ejércitos regulares en grandes batallas campales, pero luego degeneró en una larga guerra de guerrillas en la que ambos bandos cayeron en excesos y brutalidades a una escala jamás vista en Colombia desde los tiempos de la independencia. Después de más de 200 combates en todo el territorio nacional y más de cien mil muertos, se firmó finalmente la paz en noviembre de 1902.

Al estudiar la documentación sobre la guerra de Los Mil Días, Carlos Eduardo Jaramillo autor de “Los guerrilleros del Novecientos”,<sup>1</sup> encontró, sin proponérselo tal vez, a los niños inmersos en este conflicto:

Al ambiente de radicalismo e intolerancia necesario para desatar la guerra y mantenerla activa no pudo escapar nadie, ni siquiera los niños. Estos, liberales o conservadores, desde el mismo momento de su concepción ya formaban en las filas de uno de los dos partidos políticos en que se dividía Colombia, y cuando crecían hacían de todos sus espacios sociales sitios donde se repetía la confrontación iniciada por los mayores.<sup>2</sup>

El autor describe como en los centros educativos los cursos se dividían en bandos y cómo en las ciudades los niños que no fueron a los campos de batalla, hicieron de la guerra su juego favorito ante la mirada impávida de sus padres que observaban cómo las rondas infantiles dieron paso a las marchas y a las órdenes de mando dadas por niños que ahora fungían de

generales y sargentos. Presenciaron igualmente, como la infancia de pueblos y ciudades armada de palos y caucheras, convirtió calles y mangones en lugares para celebrar sus batallas campales.<sup>3</sup>

Pero en esta contienda, el papel de los niños no se limitó únicamente a los juegos de la guerra, sino que ellos también fueron partícipes del conflicto, particularmente aquellos que habitaban las zonas rurales o las pequeñas poblaciones. De esta manera, aprisionados en medio del torbellino de la guerra, muchos cambiaron su azadón y sus libros por fusiles, para marchar a los campos de batalla. Unos lo hicieron en compañía de sus padres, otros como conscriptos llevados a la fuerza, y algunos inducidos por el fervor político “unido a la imagen idealizada de la guerra y de los hombres que la hacían”.<sup>4</sup>

Fluctuando mayoritariamente entre los 10 y los 17 años, estos niños cumplieron en la guerra diversas labores. Posiblemente, el ser *espías, informantes y mensajeros* fue la labor más desarrollada, encontrándose niños hasta de 7 años realizando estas actividades. También fueron *ordenanzas*. En esta posición los niños no solo se encontraban sujetos a menos riesgos, sino que su alimentación era la misma de los oficiales a quienes servían y por su cercanía con estos eran respetados y, a veces aun, temidos por la tropa. Los oficiales competían por enrolar jóvenes que les sirvieran como ordenanzas, actitud compartida por muchos niños quienes “queriendo vivir la aventura de la guerra, soñaban con ser ordenanzas y buscaban hacerse notar ante sus jefes”.<sup>5</sup>

Pero los niños fueron también *combatientes*, los más, reclutados a la fuerza, algunos llevados por sus padres y otros, que se entregaron voluntariamente, porque huían de las crueldades de la guerra, buscaban

venganza, o “porque el imán de las banderas, las cajas, los sables, los toques de corneta y los héroes combatientes los condujeran allí”.<sup>6</sup> Jaramillo narra como el impulso que movió a estos niños los llevó, incluso a recorrer distancias considerables con este objeto, como sucedió con el grupo de escolares que marchó desde Bogotá en el centro del país, hasta Santander, en los límites con Venezuela, para sumarse al ejército liberal.

Así, durante la Guerra de los Mil Días, los niños entre los 10 y los 17 años sirvieron como ordenanzas, espías, informadores, mensajeros y combatientes. A los niños se les aplicaban los mismos castigos que a los adultos, y cuando eran hechos prisioneros, se les hacinaba en las cárceles y se les golpeaba.

Los niños fueron especialmente valorados por “la agilidad, viveza, acatamiento de las órdenes, la casi inexistencia de vicios, y especialmente, la impavidez frente al riesgo y a la muerte”. El ingenio y la decisión con que muchos niños tomaron el fusil, sorprendió a generales escépticos y aun a gentes contrarias a esta práctica, como aconteció en Santander cuando un día...

... nos alcanzó el gran jefe y mirando nuestros pequeños soldados que conformaban la Quinta Compañía, me dijo: ‘Mayor, ¿Cómo se atreve a traer estos muchachos a quienes se tragan los pantalones a combatir con hombres de pelo en pecho?’. ... y me saco del paso un soldadito que, cuadrándose y golpeando con la palma de la mano la culata del fusil, observó:” Si, general, nos quedan grandes, pero nos los amarramos bien’. ‘¡Bravo mi chinito!, dijo el veterano te haré oficial’ [...] y espoleó su mula ... (COCK, 1946:34).<sup>7</sup>

Durante la Guerra de los Mil Días, se ha señalado como los niños combatientes lo hicieron de dos maneras: como parte de una fuerza regular con obligaciones y deberes militares permanentes, o como

“cívicos”, que eran organizaciones paramilitares, que actuaban en los centros urbanos y combatían esporádicamente cuando la población era atacada. El ejemplo más notable del primer caso es el del batallón comandado por el general Vargas y conformado en su totalidad por niños norte santandereanos que fluctuaban entre los 15 y los 17 años, sacrificado en su totalidad durante el combate de Palo Negro (PUENTES, 1961, p. 503); y del segundo, el cuerpo de Cívicos de Caloto, compuesto por 30 niños de 10 a 15 años, que por su juventud fue conocido como Batallón Sardinias (ROJAS, 1903, p. 9; Jaime Córdoba a Minguerra. Cali, diciembre 14, 1901. AMD, Caja 58).<sup>8</sup>

Generalmente los niños se encontraban dispersos en las diferentes fuerzas operativas, aunque en algunas oportunidades estos se concentraron en grupos especiales donde las edades llegaban hasta los 10 años, como aconteció en las tropas que defendían los buques de gobierno “Puerres”, “Ibague” y “Carazúa” que operaron por algún tiempo en el río Magdalena entre Honda y Girardot. Este grupo de niños, que tenía diez y doce años eran de tan escasa estatura, que no alcanzaban a disparar a través de las rendijas de las trincheras de los barcos. La 3ª Compañía del Batallón Cazadores que el gobierno tenía en operaciones en Santander, estaba compuesta en su totalidad por muchachos menores de diez y seis años.

Carlos Eduardo Jaramillo concluye señalando como los niños combatientes y/o los niños guerrilleros abundaron en ambos bandos y pusieron una importante cuota de sacrificio, que no hizo más que continuar, en la Guerra de los Mil Días, una ya vieja tradición en nuestros conflictos internos.<sup>9</sup>

## 2. Los niños soldados y La Violencia (1946-1965)

En Colombia entre 1946 y 1965, se generalizó una guerra civil no declarada que enfrentó, una vez más, a liberales y conservadores, produciendo más de doscientas mil víctimas, en su mayoría campesinos analfabetas que seguían fanáticamente las orientaciones de gamonales y caciques locales de uno y otro partido. A esta convulsión social que sufrió un gran aceleramiento con el asesinato del líder popular liberal Jorge Eliécer Gaitán en abril de 1948, se le conoce con el nombre genérico de La Violencia.<sup>10</sup> Fue un periodo caracterizado por la confrontación armada de carácter irregular y por las manifestaciones de terror y violencia en todo el país de proporciones nunca imaginadas. Este conflicto, que acabó con muchos pequeños y medianos campesinos, terminó fortaleciendo el poder de los viejos y nuevos terratenientes del país y dio pie a la insubordinación campesina y popular que constituyó la base de los primeros focos guerrilleros de la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

De igual manera que en la Guerra de los Mil Días, en este periodo de La Violencia en Colombia, el niño no logró escabullirse al acontecer político y militar en el que se encontraba inmerso y ahí lo hallamos atrapado en medio del entramado del conflicto, como un elemento activo del proceso<sup>11</sup>. Sus rastros los encontramos en algunos de los textos que se han escrito sobre el período, y de manera muy especial en el emblemático libro de Monseñor Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La Violencia en Colombia*.<sup>12</sup>

En el subfondo del proceso se ve pasar al niño como elemento activo

de la tragedia. Pequeños soldados y futuros jefes; asesinos y criminales del mañana: clientelas de cárceles y estrados judiciales, serán el azote de una sociedad que los frustró.<sup>13</sup>

Los autores de la obra, en la amplia indagación realizada, se encuentran con sorpresa con los niños involucrados en el conflicto de una manera mucho más activa, significativa y preocupante de lo que posiblemente pudieron imaginar. No solamente el niño estaba presente cumpliendo las funciones de mensajeros, “piedreros”, espías y señaladores, sino también de combatientes. Son múltiples los niños soldados que se pueden rastrear en los relatos publicados. Uno de estos es el de “Caporal”:<sup>14</sup> el niño guerrillero:

Como una prolongación de la misma tierra, “Caporal” había sido la estatua móvil que no daba tregua al enemigo, ni oportunidad a la inacción, ni campo a la pasividad... Este niño por su estatura reducida, agilidad increíble, audacia llevada más allá de lo razonable, había sido la figura más destacada en la acción que acababa de librarse. Como siempre se había multiplicado en el hostigamiento al enemigo, cambiando de posición a cada minuto. Así había obrado contrariando ordenes terminantes del comando de la guerrilla. ¡Pero era imposible controlar una fuerza desatada por la naturaleza!

“Caporal”, el niño guerrillero, era una fuerza llevada por las circunstancias a destruir y que negativamente demostraba cuan útil hubiera sido en las tareas de la reconstrucción nacional, con dotación de cultura, y conciencia clarificada para el ejercicio de la bondad. Porque “Caporal” en los combates que libró jamás supo con certeza el papel que estaba desempeñando. Producía la muerte a su alrededor, con la ingenuidad y a los años en que otros niños apenas despiertan al mundo de relación. En la acción librada sobre la entrada de la Collareja, “Caporal” había sido como siempre la temeridad, el arrojo, el desprecio de la vida, tal vez en representación de los niños colombianos amenazados en sus vidas, frustrados en sus destinos, mutilados en su virilidad, abandonados sobre la choza en cenizas, sobre las ruinas del hogar

profanado.

“Caporal” era eso: la encarnación de los niños de Colombia que en él tomaban la triple calidad de testigos, jueces y fiscales.<sup>15</sup>

Pero este no es el único caso. Encontramos también a Jaime Urrego Montoya:

... es un niño flaco, de mirada huidiza, rebujado en su ruana, con gestos fuertes y con rara evasión a las preguntas... Las probanzas judiciales lo sindicaron como autor de un asesinato por lo menos, de robo de ganado en gran escala, y por el servicio de información entre los bandoleros de la zona de Pavón (Meta) y algunos cabecillas urbanos.

Los hombres del Capitán Franco (dice el menor) se encuentran convenientemente armados con armas de fuego y con abundancia de pertrechos. Estas armas y proyectiles entran por la zona del Choco. Las relaciones con Urreo se limitan al cruce de cartas para conocer las actividades de la policía y el movimiento de tropas. Yo preste servicio en el envío de tales cartas, entre el Capitán Franco y varios jefes políticos del municipio de Urreo.

Me tocó, continúa el menor, asistir a la batalla de la Palmera, en donde perdieron la vida diez guerrilleros y no supe cuántos policías. A mí me denunciaron por las cartas, y me traen ahora a la Casa de Menores. Eso es todo cuanto sé sobre la zona de Pavón y sobre el movimiento de los guerrilleros.<sup>16</sup>

El diario *El Poder de Medellín*, de donde se obtuvo el caso anterior, realizó además el siguiente comentario editorial:

La presencia de Jaime Urrego Montoya, de trece años de edad, canijo y menudo como un arbusto después de un incendio, entre los homicidas de la zona de Pavón, la frialdad de sus declaraciones, su cruel concepto de la vida, dan cuenta cabal de lo cumplido por la violencia en la desmoralización de la conciencia pública. Menos que los muertos anónimos, menos que los ganados saqueados, menos que las cosechas destruidas, duele en el alma de los colombianos los conceptos morales hundidos en el polvo, sepultados entre el cieno. Hemos aprendido a matar y debemos aceptar la generación de los asesinos como un producto neto, simple y nítido de las actuales condiciones.<sup>17</sup>

Durante esta época, aunque el papel de las mujeres en la guerra fue el de acompañar al grupo familiar trashumante, preparar las comidas, coser y alistar los uniformes, remendar los harapos y servir de “ojos y oídos a las guerrillas”,<sup>18</sup> muchas de ellas desempeñaron funciones sexuales y algunas también, aprendieron y desarrollaron el arte de la guerra siendo aún niñas:

Una chiquilla llegó al Amparo de Niñas de cierta ciudad tolimense, relató que a los doce años se la llevó una pandilla de guerrilleros sirviendo de concubina al jefe. Después se comprobó que había ayudado a matar a no menos de doce personas. Ella sola asesinó un niño. Lo volvió pedazos. Hoy se rehabilita en una casa religiosa de Bogotá.<sup>19</sup>

Los autores del mencionado texto en su análisis sobre los grupos en conflicto, subrayan como los niños aparecieron en el escenario de la confrontación no solo como estafetas, “señaladores”, “apedreadores” o incendiarios, sino cómo estos fueron actores activos y beligerantes del conflicto. Fueron además testigos y presenciaron todos los delitos que se cometieron contra sus familias, vecinos y conocidos, recuerdos que los acompañaron a lo largo de su vida y les marcaron su derrotero.

Biografías de guerrilleros, chismeros, cuadrilleros, bandidos emblemáticos de la época, señalan como algunos de ellos, posiblemente más de los que sabemos, se iniciaron en la guerra desde muy pequeños, habiendo sido en sus inicios “niños combatientes”. Uno de los más renombrados guerrilleros de la época fue Teófilo Rojas, más conocido como “Chispas”, el joven que con 13 años de edad y seis meses de escuela, se refugió en el monte, después de presenciar la violencia de la policía

conservadora contra su familia y conocidos. “Chispas” escondido en el monte, se reunió luego con otros campesinos, algunos de su misma edad y aún más jóvenes, y otros mayores en edad y experiencia, con quienes compartía las mismas condiciones:

... ya en compañía del amigo Borja, se empezó a organizar la manera de defender esas pobres familias y a los que no teníamos más amparo que el de ellos, y a ver la manera de estar protegidos y lejos de tanto mal y fue así como por pura necesidad y con grandes sacrificios lograron reunir unas escopéticas, todas remendadas e inseguras, pues hasta con caucho las tenían que hacer funcionar, a más que con unos machetes ya se nos facilitaba conseguir carne de monte y algo de seguridad, como también leña y resolver necesidades urgentes... .<sup>20</sup>

“Chispas” llegó a comandar una poderosa cuadrilla compuesta por 80 integrante, “todos demasiado jóvenes”, “casi todos jóvenes hijos de jornaleros”.<sup>21</sup> Fue la temible cuadrilla que logró abarcar una amplia zona de dominio en los departamentos del Tolima y Quindío y gracias a quien muchos campesinos lograron mantener sus tierras y su vida durante el periodo.<sup>22</sup> En una breve y vertiginosa historia, cuando tenía tan solo 22 años, la prensa lo sindicaba de haber cometido 400 crímenes, incluyendo mujeres y niños. Fue “Chispas” el prototipo de la juventud campesina de la época.

El caso de “Chispas” no es el único en el que el sentimiento de venganza y búsqueda de protección suscita la adopción de la vida guerrillera. Encontramos también a “Despiste” (Alfonso López), uno de los tenientes destacados salidos del grupo de “Chispas”, quien ejemplifica también la situación. La historia familiar de “Despiste”, el único sobreviviente de los hermanos López que se vincularon a la guerrilla, fue

relatada a partir del deterioro de las relaciones entre liberales y conservadores cuando el Ejército incursionó en la vereda que vivía la familia, destruyendo cuanto hallaba a su paso.

Allí vivían con el padre los niños López, dedicados a cultivar una pequeña parcela y a atender una fonda modesta. El padre un antiguo gaitanista, comenzó a ser instigado. Varias veces debió esconderse y dormir en el cafetal... Su vecino conservador, propietario de una parcela de mediano tamaño en la que él jornaleaba” para completar el ingreso familiar, se había convertido en uno de los provocadores. La desazón pudo más que el apego a la tierra y un día decidió partir con algún dinero y sin vender el predio en espera de poder regresar. Los niños que marchaban adelante aquella mañana del éxodo, observaron a su padre, después de descargar la “vitrola” de la fonda apartarse del camino y ocultarse en el cafetal. Lo que al principio no pareció más que un simple juego, momentos después terminó por preocupar a los muchachos. Al cabo de dos horas oyeron lejos los disparos. Alfonso, el chico mayor, de 13 o 14 años de edad, se internó por el cafetal y, efectivamente, encontró el cadáver. Presentaba por doquier huellas de golpes, la dentadura quebrada, la parte superior de la cabeza levantada, el pecho rajado con señales de haber sido abierto con las manos, y finalmente la camisa con pólvora con indicios de disparos a quemarropa. Presurosos bajaron entonces al puesto de tropa cercano para poner el denuncia en espera de justicia. El teniente del puesto les preguntó simplemente a qué partido pertenecía su padre, y, oyendo que, al liberal, les dijo: “Cachiporro? ¡Que se lo traguen los chulos!”. En aquel instante dice el confidente que Alfonso juró hacer la justicia por su cuenta; se propuso repetir en los verdugos las vejaciones sufridas por su padre, y así fue que planteo torturar y matar uno a uno a los trabajadores del vecino, finalmente al patrón en persona que los había contratado. Como esta múltiple empresa le exigía sustraerse al alcance de la fuerza del Gobierno y protegerse de él por un largo tiempo, se integró a las guerrillas. Consumadas las venganzas ya no le fue posible reincorporarse a la vida civil, reseñado como estaba de múltiple homicidio sobre víctimas conservadoras.<sup>23</sup>

William Ángel Aranguren, conocido como “Desquite”, cuadrillero tolimense que incursionó en el Quindío y norte de Caldas, perteneció

también a la generación de hijos de gaitanistas perseguidos que toman el camino de la venganza. En 1962, en una celda de la cárcel de la Picota, bajo un grande retrato de Gaitán, lo entrevistó el corresponsal de Prensa Latina. “Desquite”, al igual que muchos de sus compañeros, no conoció al extinto caudillo más que a través de las historias y la pasión de su padre, un campesino pobre de Rovira (el mismo municipio de Chispas). Tenía apenas 12 años el 9 de abril de 1948, fecha en que mataron a Gaitán, pero, en la racha contra los gaitanistas le mataron al padre y le incendiaron la casa. El niño tomó entonces la decisión de “enmontarse”.<sup>24</sup>

En el monte, en compañía de milicianos mayores y en medio de una gran movilidad, los grupos se dispersaban en “pequeñas gavillas”, “buscando revanchas”, asaltando hogares conservadores y se reunían en lugares específicos para el entrenamiento. El machete, lo sabían manejar desde el nacimiento, entonces entrenaban “... dos días a la semana, milicia, tiro, lanzamiento de granadas...”,<sup>25</sup> entrenamiento que recibían de campesinos veteranos, pero muy posiblemente de campesinos reservistas y ex policías fugitivos de la rebelión de abril de 1948 y de los maleantes prófugos que habían evadido las cárceles en el levantamiento del 9 de abril.

Ortis señala el carácter juvenil de estas bandas guerrilleras, cuyos integrantes se encontraban principalmente entre los 14 y los 22 años en el momento de integrarse a la guerrilla.<sup>26</sup> Muchos de ellos vivieron de niños la muerte de su padre y presenciaron torturas, infligidas en represalias de la adscripción liberal y muy específicamente gaitanista de la familia. Muchos recuerdan la militancia política del padre. No habiendo sido imanados por el verbo de Gaitán debido a su corta edad cuando su voz se escuchaba en los radiorreceptores del poblado, su bautismo – de sangre - en la “política” fue,

en cambio, el asesinato o el fustigamiento.<sup>27</sup>

Ortiz, plantea que no fue únicamente el sentimiento de venganza lo que suscitó en los relatos, por el recogidos y analizados, la adopción de la vida guerrillera: "... es al mismo tiempo la condición histórica de la inacción del Estado frente a las demandas de justicia, manifestada en la complicidad criminal de los funcionarios o en su voluntad de dejar impune el delito".<sup>28</sup>

Los documentos en los archivos de los juzgados donde acusaron y defendieron a muchos de estos guerrilleros o cuadrilleros del Tolima y del Quindío, repiten la historia: asesinaron al padre, violaron y mataron a la madre y hermana, asesinaron a un hermano y después a otro... Los niños no se pudieron escapar al entramado de violencia en que se encontraban inmersos, unos pocos lograron huir y escapar al remolino violento de violencia que azotaba la región y muchos otros se "enmontaron". Ya no tenían nada que perder, estaban familiarizados con las armas e ingresaron a las cuadrillas bandoleras. Allí encontraron la protección que las familias no les pudieron dar, establecieron lazos de hermandad, solidaridad y afecto, y la guerrilla se convirtió en la gran institutriz de la infancia campesina del país. De allí saldrían los líderes guerrilleros que encarnarían el conflicto en la segunda mitad siglo en Colombia. Allí aprendieron la "ley del monte" resumida en una frase atribuida al "Chispas" cuando envió su primera emboscada de tropas: "Bátanse o mueran En la ley del monte el que no sirve para matar, sirve para que lo maten".<sup>29</sup>

### **3. El niño combatiente y el Conflicto actual. (1966 -2015)**

Durante el periodo del Frente Nacional, de los escombros y cenizas de La Violencia de mediados del siglo, nacieron las guerrillas revolucionarias en Colombia. El Frente Nacional hace referencia aun período histórico que marcó el fin de la violencia partidista con la desmovilización de algunas guerrillas liberales y el establecimiento de una coalición política y electoral entre los dos partidos tradicionales, el liberal y el conservador, vigente en entre 1958 y 1974. En este período se estableció un sistema de gobierno que alternaba cada cuatro años entre los dos partidos tradicionales y excluía de la participación política a los sectores populares. En respuesta a esta exclusión, y a los altos niveles de concentración de la propiedad de la tierra alcanzados en esta época, emergieron las guerrillas de izquierda en el campo colombiano.

La influencia de la Revolución Cubana, la polémica chino-soviética, el auge de los movimientos africanos de liberación nacional, así como las complejas realidades nacionales, se encuentran en los cimientos del surgimiento y desarrollo de los diversos grupos guerrilleros de diferentes tendencias y orientaciones que surgieron en el país en la segunda mitad del siglo XX, siendo las FARC (Fuerzas Armadas revolucionarias de Colombia) y el ELN (Ejército de Liberación Nacional), los mas sobresalientes. Paralelamente en Colombia, desde la década de los años ochenta del siglo pasado, tomó fuerza el paramilitarismo como estrategia contrainsurgente. Su desarrollo se encuentra asociado al profundo anticomunismo que profesaban la mayoría de miembros de las fuerzas armadas, la cultura política derivada de la violencia, la corrupción, el clientelismo, el narcotráfico, al igual que las influencias externas impuestas

desde los Estados Unidos. Originado, según sus mentores, como una respuesta a los excesos de la guerrilla, el paramilitarismo privilegió, como método de lucha, las masacres, asesinatos selectivos y desplazamientos de la población civil, acusada de ser simpatizante o colaboradora de las guerrillas.<sup>30</sup> Sin embargo se debe recordar, que la estrategia del Estado colombiano de formar, entrenar, armar y utilizar organizaciones armadas al margen de la ley contra aquellos que consideraba sus enemigos no era reciente, y sus antecedentes se pueden encontrar en la vieja práctica de las elites colombianas de utilizar la violencia para obtener, mantener y acrecentar sus propiedades y privilegios con el amparo del Estado. Sus raíces mas inmediatas se pueden rastrear en los grupos que surgieron en la violencia de los años cuarenta y cincuenta, denominados *Pájaros*, que operaron con el apoyo y la complicidad de las autoridades,<sup>31</sup> especialmente de las policías municipales y departamentales.

Durante la época, las guerrillas activas del país fueron multiplicando sus vínculos con las mafias amparadas por el paramilitarismo, compartiendo sus territorios y un campesinado que dependía en gran parte de la economía del narcotráfico. La confrontación armada se generalizó en el país y el niño, como siempre, no pudo escapar y quedó atrapado en la maraña de las redes de la violencia.

En medio de este escenario, donde las noticias sobre la confrontación y la guerra invadieron los medios de comunicación en la segunda mitad del siglo XX, empezó a surgir la imagen del niño combatiente, la imagen del niño guerrillero, la imagen del niño como un elemento activo en la confrontación armada. En la década de 1970, el niño combatiente apareció en la prensa como algo insólito, como una

realidad “nueva” que no se podía creer que existiera. La ciudadanía no imaginaba que fuera una vieja realidad que nos había acompañado a lo largo de la historia del país y de manera muy específica a lo largo del siglo XX y que había sido invisibilizada culturalmente.

A partir de la época, fueron múltiples las fotografías, las notas de prensa, los artículos y las investigaciones que surgieron al respecto. En la década de 1990, los informes de especialistas internacionales, periodistas y científicos sociales atestiguaron la presencia de multitud de niños inmersos desde temprana edad en el mundo de la guerra, donde participaban como testigos de asesinatos, de ataques indiscriminados a la población civil, pero también y de manera muy significativa como integrantes aguerridos de estas organizaciones. Los medios los mostraban con su camuflado, portando armas, realizando el entrenamiento militar, y en muchos casos, defendiendo verbalmente su actuación. Los medios mostraron igualmente, las imágenes de los niños combatientes muertos. Comenzando el siglo XXI, Colombia ostentaba el cuarto lugar entre los países del mundo con mayor número de niños en los grupos armados ilegales, después de la República Democrática del Congo, Ruanda y Myanmar.<sup>32</sup>

Tener acceso a la realidad de estos niños, poderlos observar en el medio en que vivían y desempeñaban sus acciones no era fácil. La forma más factible de aproximación fue a través de sus propios relatos y testimonios, recogidos por periodistas una vez y otros por profesionales de las ciencias sociales, quienes los entrevistaron después que los niños y las niñas abandonaron los grupos militares, ya fuera por capturas del ejército, por entregas realizadas por las propias organizaciones a las que pertenecían, por desmovilizaciones colectivas o por fugas de sus filas, y fueron reclusos

en los centros de recepción oficiales o privados destinados a este fin.

Para este período, a diferencia de los anteriores, existió la inquietud por saber el número de niños involucrados en el conflicto armado en el país. Personas secuestradas por estos grupos, al salir de su cautiverio, narraron como era frecuente que los encargados de su vigilancia fueran jóvenes no mayores de 15 años, y dieron testimonio de la alta presencia de ellos dentro de las filas de estos grupos armados. A finales del año 2000 por ejemplo, el ejército colombiano cercó la columna “*Arturo Ruiz*”, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC-EP, en medio de la operación Berlín, en Suratá, Santander. Allí murieron 100 personas y fueron capturadas 90 de las cuales 72 eran menores de 18 años.<sup>33</sup>

Finalizando el siglo pasado, se consideraba que la cantidad de combatientes menores de edad se venía incrementando. Las autoridades consideraban que, si bien el Ejército de Liberación Nacional ELN y las Autodefensas Unidas de Colombia AUC, tenían un número alto de niños y niñas en sus filas, eran las FARC-EP, la organización que mayor número de niños soldados tenía en sus filas.<sup>34</sup>

El ejército colombiano por su parte, denunciaba que por lo menos 3.000 menores se encontraban atrapados en estas agrupaciones y que otros 8.000 se habrían hecho adultos en sus filas.<sup>35</sup> Las cifras dadas por *Save the Children* sobre Colombia, coincidían con las de UNICEF: 14.000 eran para el 2005 los niños involucrados como soldados por los grupos insurgentes, conformando una de las cifras más elevadas del mundo.

De esta manera, si bien es difícil tener una cifra exacta, lo cierto es que su número fue en la época muy alto, posiblemente mayor de lo que se afirmaba y, además, a pesar de los esfuerzos realizados, se incrementó

finalizando el siglo pasado y a comienzos del siglo XXI. Seguimientos realizados con posterioridad a 1997, fecha en que se hizo pública una entrega de niños soldados, afirmaban que la vinculación de niños y jóvenes a la guerrilla y a las fuerzas paramilitares había ido creciendo, así como la diversificación de las formas de su reclutamiento, entrenamiento y participación en sus estructuras armadas.<sup>36</sup>

Respecto a la edad de estos niños al momento de involucrarse a las filas de estos grupos, se sabe que la Defensoría del Pueblo, reveló a partir de una muestra de 86 adolescentes reclusos en instituciones, que las edades de ingreso a estas organizaciones oscilaban entre los 7 y los 17 años, con un promedio de edad de los 13,8 años para el 2001. Según este estudio, el 61% de los entrevistados se encontraban entre los 7 y los 14 años en el momento de su vinculación y de estos, el 20% ingresó antes de cumplir los 12 años.<sup>37</sup> Informes internacionales citaban como el terrorista más joven que se conoció en la época, a un niño en Colombia de 9 años, enviado por el Ejército de Liberación Nacional (ELN) para que bombardeara un centro electoral en 1997.<sup>38</sup>

Informes oficiales mostraron igualmente, como los niños que ingresaron a los grupos armados irregulares hacían parte de los cientos de niños analfabetas o con elementales rudimentos de escolaridad que existían en el país. Para 1996, el 55% de ellos a duras penas había llegado al 5 de primaria, un 4% era completamente analfabeta y tan solo un 8% estudiaba bachillerato.<sup>39</sup> Los mayores o menores niveles de escolaridad encontrados se relacionaban directamente con sus regiones de origen, su procedencia urbana o rural y obviamente los niveles de ingreso de sus familias.

A diferencia de los períodos anteriores, cuando las niñas solo aparecían esporádicamente como elementos constitutivos de los ejércitos irregulares, finalizando el siglo XX, ellas hicieron parte de forma mucho mas masiva y activa dentro de estos grupos. Presionadas muchas veces a mantener relaciones con los superiores y comandantes, quienes ocasionalmente las protegían de padecer castigos o tener que participar activamente en combates, desde edades muy tempranas se les inducía a utilizar anticonceptivos y a abortar en caso de quedar embarazadas. La relatora especial de la ONU sobre violencia contra las mujeres visitó Colombia en el 2001 y condenó la presencia de mas de 2.500 niñas en estos grupos, así como la violación y el abuso sexual a que eran sometidas por los superiores.<sup>40</sup>

La forma como los niños y las niñas llegaron a estos grupos armados irregulares, varió según las regiones y la situación que allí se viviera. El reclutamiento forzado utilizado no fue el único mecanismo mediante el cual estos grupos armados lograron engrosar sus filas, como comúnmente se creía y se divulgaba en la prensa. La realidad nacional presentaba muchos matices, era compleja y diversa, y según las fuentes que se consulten, se tendía a privilegiar unas formas de reclutamiento sobre otras. El Ejército Nacional, hablaba de medios coercitivos utilizados por la guerrilla para llevarse a los niños, mientras otras instituciones planteaban, además de ésta, otras modalidades, siendo la voluntaria la más importante. El informe de la Defensoría del Pueblo antes mencionado, señalaba que el 90% de los niños que estaba en la guerrilla, manifestó haber entrado por voluntad propia.<sup>41</sup> De ellos, al 33% lo atrajo las armas y los uniformes; a otro 33% fueron las condiciones de pobreza las que lo llevaron a tomar esta decisión; al 16.60%

por la familiaridad que tenía al haber crecido y conviviendo con ella; y el 8.33% se vinculó por razones del corazón, como el enamoramiento, la decepción amorosa o el sentimiento de venganza ante la destrucción de sus familias y precarios bienes.<sup>42</sup> El entrar a una de estas organizaciones y hacer parte de ella, era la única alternativa que consideraban les permitiría algún día vengarse de los padecimientos recibidos.

La cotidianidad de los niños y niñas en los diferentes contextos de la realidad nacional no era homogénea, y múltiples variables se encontraban asociadas al ingreso “voluntario” de éstos a las filas de los grupos irregulares. Sus niveles de vulnerabilidad no eran iguales en todas las regiones del país. La descomposición social, el cubrimiento escolar de la región, los niveles de pobreza y pauperización de la familia, las estructuras familiares resquebrajadas, además de la presencia de padres, hermanos, parientes o amigos dentro de estos grupos, eran algunas de las variables que, junto a otros factores, incidían en la decisión del menor de tomar las armas. Estudios realizados encontraron que el haber tenido un miembro de la familia que hizo o hacía parte de un grupo armado irregular, era una de las variables más asociada a la probabilidad que un niño o una niña se vinculara a estos grupos, señalándose cómo más de la mitad de los desvinculados había reportado que un familiar estuvo en algún momento involucrado con una de estas organizaciones.<sup>43</sup>

Existían regiones de Colombia donde los niños pedían abiertamente y de manera insistente su ingreso a la guerrilla y se daban situaciones donde aún fueron las mismas madres, desesperadas por la orfandad en que se encontraba su prole y la miseria que ellas enfrentaban, quienes solicitaban que sus hijos fueran aceptados.<sup>44</sup> De esta manera, los niños eran reclutados

en las zonas de mayor conflictividad, dentro de los sectores más desfavorecidos y desamparados de la comunidad. Aquellos niños carentes de familia<sup>45</sup> y redes sociales de apoyo, niños sin educación ni oportunidades concretas de trabajo y con un porvenir incierto, encontraban en estas organizaciones la única posibilidad de sobrevivir y de construir un futuro. No es fácil para los habitantes de las ciudades, que miran incrédulos las situaciones de violencia que ha vivido la Colombia rural, entender estos procesos. Es necesario adentrarse en los contextos donde estos hechos sucedían y tener en cuenta la aceptación social que muchos de estos grupos tenían en regiones del país caracterizadas por una cultura que valora la violencia, la fuerza y el machismo.

Sin embargo, ésta no fue la única situación. Fueron muchos los niños que ingresaron a la fuerza, arrastrados por el poder amenazador de las armas y el torbellino de la violencia,<sup>46</sup> que instauró en muchos sectores del país, una especie de servicio militar obligatorio para los menores de edad. El temor a las consecuencias, no permitió a las familias denunciar estos hechos.<sup>47</sup> Los informes oficiales señalaron cómo estas organizaciones utilizaban el reclutamiento de niños y niñas como práctica constante para reponer sus fuerzas perdidas, cómo los perseguían de manera incesante a ellos y sus familias hasta lograr engrosar sus filas con la fuerza de los brazos infantiles.

Además de los niños que se entregaron “libremente” y de los reclutados a la fuerza, existieron otros que eran “hijos de la guerrilla”, niños que nacieron dentro de la organización, que eran hijos de padres guerrilleros cuyos abuelos posiblemente crecieron y se formaron en La Violencia de mediados de siglo, y quienes después de pasar sus primeros años al lado de

unos parientes o acudientes que vivían en centros poblados, apenas lograron adquirir las habilidades mínimas que les permitían “vivir en el monte”, se unieron a sus padres e ingresaron a las filas guerrilleras a seguir el camino por ellos señalado. En medio de un conflicto como el colombiano que lleva más de medio siglo,<sup>48</sup> debido ser frecuente la existencia de “linajes” de guerrilleros, donde fácilmente podían encontrarse tres o cuatro generaciones vividas en la guerrilla. El caso de Martín Caballero, comandante del frente 37 de las FARC y quien involucró a sus propios hijos a la guerrilla es una muestra de esta situación. La historia de Manuel Rodríguez Bautista –Gabino- es un caso excepcional: ingresó a la guerrilla del ELN a la edad de 12 años con la complacencia de sus padres,<sup>49</sup> y semejante es el caso del “Mono Jojoy” y su hermano “Granobles” que fueron “regalados” a las FARC por su madre.

De esta manera, los niños y las niñas fueron llevados como soldados porque eran fáciles de captar, eran vulnerables y el Estado nos los protegía. Como combatientes, eran arriesgados y sumisos y unas nuevas generaciones de armas, más livianas que las antiguas, permitía que éstas pudieran ser transportadas y usadas por ellos. Pero también los niños eran utilizados como soldados porque eran una mano de obra más barata y representaba para estas organizaciones menos responsabilidades que los adultos.

Los niños por su parte, al igual que en épocas anteriores, se encontraban atrapados en medio de situaciones donde no existían alternativas para ellos. Desde su nacimiento vivieron en un ambiente de violencia donde las armas no eran objetos extraños. Ante la pobreza, el abuso doméstico, la falta de futuro, el hacer parte de alguno de estos grupos significaba posiblemente, una esperanza. De todas maneras, no tenían otra

alternativa y “voluntariamente” se entregaban. Algunos querían vengar las humillaciones, despojos o la muerte del algún ser querido y otros simplemente, como otros niños trabajadores, el ofrecimiento de una paga regular era suficiente para que se vincularan.

¿Cómo se hacía un niño guerrillero? ¿Cómo un niño o niña campesino se convertía en un soldado? Según los testimonios, los niños reclutados por estos grupos insurgentes recibieron en principio el mismo entrenamiento que los adultos y no existían tratos especiales discriminados por edad. Los múltiples relatos permiten advertir diferencias significativas entre el proceso vivido por los niños en la guerrilla de las FARC-EP o del ELN y aquellos que hicieron parte de los grupos paramilitares. El valorar las armas fue uno de los elementos fundamentales en el proceso de socialización y algunos recuerdan como recién llegaron al campamento, si tenían más de 11 años, les entregaron una pistola o un revolver como señal de haber sido aceptados y como símbolo del valor de las armas en la vida guerrillera: “En la organización, se tiene entendido que la vida de uno es el arma, es la mamá de uno, es la que ve por uno día y noche”.<sup>50</sup>

Convertir un niño campesino en un niño combatiente implicaba un entrenamiento breve, duro y exigente. Los niños necesitaban disciplina, fortaleza y coraje. Esta preparación, comenzaba pocos días después de su ingreso a las filas de la guerrilla y podía durar entre cuatro y seis meses, aunque realmente a lo largo de toda su vida guerrillera nunca dejaron de entrenarse y aprender. Sus actividades comenzaban temprano, al amanecer, con una jornada de ejercicios físicos y gimnasia. Aquellos que por su experiencia previa o por habilidades innatas demostraban destrezas especiales, generalmente eran seleccionados y recibían por parte de los

superiores entrenamiento especial.

Testimonios consultados permiten señalar que muchos de los niños y niñas reclutados recordaban con agrado su entrenamiento: “pasábamos contentos”, “aprendíamos muchas cosas”, decían ellos. Posiblemente, muchos vieron realizados los sueños de portar en sus manos armas verdaderas, el estar cerca a los comandantes y el duro entrenamiento físico a que fueron sometidos los hizo sentir poderosos y fuertes. En un ambiente social y cultural, donde uno de los valores fundamentales era el machismo y la ostentación de valentía, el andar día y noche armado y estar en medio de comandantes poderosos, debe haber sido, para muchos de ellos, una hazaña emocionante, y con la que soñaron muchas veces.

El entrenamiento guerrillero, tanto en las FARC-EP como en el ELN, comprendía también un proceso de transmisión de normas, valores y visiones de la sociedad y de la historia. No es fácil establecer el peso que éste componente ideológico tenía dentro del conjunto del proceso de entrenamiento y socialización. Posiblemente cambie según la conformación de cada uno de los frentes y sobretodo según la coyuntura que cada uno de ellos esté enfrentando. Mientras las matemáticas, las ciencias, la literatura y otras disciplinas no eran tenidas en cuenta<sup>51</sup>, los niños recordaban horas destinadas a la lectura y el haber tenido que asistir, con carácter obligatorio, a largas y tediosas charlas sobre marxismo-leninismo y sobre la vida del Che Guevara, Jacobo Arenas, Camilo Torres y otros “héroes revolucionarios”. Les hablaban de la explotación y opresión de los campesinos, del Plan Colombia, de cómo tratar a la gente del pueblo. Debían memorizar las normas y reglamentos del movimiento, conocer cómo y porqué éste surgió, saber quiénes fueron sus líderes y la razón por la cual estaban en armas: la

lucha del pueblo contra la oligarquía, contra las fuerzas armadas y el imperialismo yanqui.<sup>52</sup>

Los testimonios de la memoria de los niños y niñas paramilitares eran diferentes a los que habían pasado por la guerrilla de izquierda. Tampoco aquí en estos grupos parece haber existido consideraciones por la edad o género y su entrenamiento de tres o cuatro meses, buscaba no solo adiestrarlos en el uso de las armas y en tácticas militares, sino fundamentalmente en familiarizarlos con la muerte, enseñarlos a matar, y adiestrarlos en las múltiples formas de hacerlo violenta y dolorosamente. Sus recuerdos tendían a privilegiar la brutalidad y sadismo del entrenamiento. En los documentos revisados no aparecían recuerdos gratos. Los testimonios de los niños que estuvieron vinculados a los grupos paramilitares no solamente mencionaban con horror cómo durante el proceso de entrenamiento los hicieron observar cómo se mataba a guerrilleros, ladrones, personas sospechosas de ser “sapos”<sup>53</sup> o infiltrados capturados, sino como se les exigía que ellos mismos efectuaran los asesinatos.

Los testimonios revisados muestran los extremos inimaginables alcanzados durante estos procesos de entrenamiento, en los cuales no solo se les exigía matar a una persona, sino que con frecuencia este proceso recaía en los mejores amigos a quienes además debían descuartizar. Era necesario probar su obediencia a las órdenes del comandante y cómo éstas se encontraban por encima de cualquier sentimiento. Se recordaba cómo las víctimas, atadas de pies y manos, rogando porque no les quitaran la vida, eran ejecutadas por ellos, ante la mirada amenazadora del comandante y de los compañeros: “... Le corté el cuello, los pies, y los brazos... Me sentí

muy triste y lloré...”<sup>54</sup>. Nada más podían hacer.

Los relatos atestiguan cómo si los niños o las niñas no cumplían la orden, ellos serían las próximas víctimas y cómo, muchos de ellos, terminaron familiarizándose con la muerte y las más aterradoras formas de matar. Eran testimonios tan dramáticos y tan inconcebibles, que, si no se conociera la historia de crueldad y atrocidad que ha caracterizado el accionar paramilitar en el país, estos testimonios no podrían ser creíbles.

## **Reflexiones**

1. La presencia de los niños en los conflictos armados no es asunto nuevo en la historia universal y mucho menos en la historia colombiana, donde desde las guerras de independencia y las guerras civiles de finales del siglo XIX y principios del XX, se los ha observado cumpliendo las funciones de combatientes, soldados o de guerrilleros en las diversas contiendas que ha padecido el país a lo largo de estos años.

Un repaso de la historia de Colombia nos señala cómo por más de un siglo, la vida cotidiana de la niñez se ha desenvuelto en medio de un conflicto generalizado, donde el poder y la violencia aparecen como los parámetros con los que ella se ha encontrado e identificado y donde ha hallado los referentes para actuar. La niñez de una proporción muy alta de la población colombiana, se ha desenvuelto en un ambiente violento donde el machismo, el poder de las armas y la fuerza es la forma aceptada y valorada de enfrentar la vida y de solucionar todo tipo de conflictos. De esta manera, el alto índice de niños y niñas combatientes, vinculados a los grupos armados ilegales, al igual que a las pandillas urbanas de finales del

siglo XX y principios del siglo XXI, no nos debe sorprender.

La presencia prolongada de niños combatientes en el escenario cotidiano de la historia de Colombia plantea un reto social y político complejo y difícil de solucionar. Si bien para estos niños y sus familias es un trauma muy profundo, para la sociedad, la dificultad de su reinserción y “transformación” presagia que a los ciclos de guerra aún les falta mucho tiempo para terminar. La presencia de niños y niñas combatientes involucrados en los conflictos, no solamente hace estos episodios mucho más trágicos sino sobretodo mucho más difícil de erradicar.

2. La información recogida por estudiosos de la Guerra de los Mil Días permite observar que en la documentación donde los niños aparecen, ellos fueron nombrados y sus actividades narradas como algo cotidiano y normal. En algunos, aparecen como limitados por su estatura para desempeñar sus obligaciones, pero no existe sorpresa ni recato moral al encontrarlos en medio de los campos de batalla. Era algo esperado que los niños cumplieran actividades de los adultos.

Para la época de La Violencia de mediados del siglo pasado, los niños aparecieron mencionados por Monseñor Guzmán con indignación moral y cristiana, como un grupo específico atrapado en la guerra. La presencia de estos niños fue vista como algo atroz que era necesario denunciar. En la prensa la época, estos niños no existen, así como tampoco están presentes como objeto de análisis en la vasta producción existente. La infancia aparece de manera especial en los documentos judiciales de la época, a través de los recuentos de los guerrilleros que quieren explicar a las

autoridades como ellos, siendo niños, “se enmontaron” para vengar la muerte de los seres queridos, para defenderse y para ayudar a proteger a sus comunidades.

Para finales de siglo, cuando la violencia guerrillera, el paramilitarismo y la delincuencia común se generalizaron en amplias zonas del país, el niño y la niña combatientes se convirtieron en Colombia, en una forma de ser niño cotidiana y generalizada, cuya imagen y presencia estuvo presente en los medios y en los estudios académicos de manera masiva. Son incontables los trabajos que se han realizado al respecto. Este cubrimiento por parte de los medios, informando, denunciando y en algunos casos describiendo la situación, estaba relacionado con la utilización masiva de los niños por parte de los grupos al margen de la ley, cuya presencia finalizando el siglo XX y a comienzos del XXI, era inocultable. El surgimiento de una nueva concepción de infancia, influenciada directamente por el desarrollo político y social de la sociedad, pero muy especialmente por las convenciones internacionales de derechos humanos y de los derechos de los niños, fue permeando la sociedad, así como las entidades gubernamentales, y se reflejó en los medios de comunicación, a través de la denuncia, y en los trabajos académicos que buscaron esclarecer y entender su situación.

3. Para la Guerra de los Mil Días se encuentra información sobre niños urbanos pertenecientes a los estratos pudientes de la sociedad quienes jugaban a la guerra. Se apropiaron de las ideologías de sus mayores, de sus símbolos partidarios, elaboraron artesanalmente sus armas, formaron, marcharon y también combatieron en sus juegos cotidianos. Estas vivencias las recordaron y describieron escritores notables, y las atestiguaron noticias

de prensa, pero estos niños en general, no fueron a la guerra. En cambio, en los sectores rurales, en los campos y pueblos de provincia, los niños sí fueron involucrados en múltiples actividades directamente relacionadas con la guerra. Fotos de Bogotá de principios del siglo pasado, mostraron a “chinos bogotanos”, gamines menores de doce años, en uniforme marchando a la guerra. Estos niños, posiblemente poco sabían sobre la razón de la confrontación ni a quien tenían que defender, no tenían padre que a horas de comida les hablara de los antepasados héroes de la guerra de independencia y de las guerras civiles del siglo XIX. Fueron niños sacados de los hospicios y otras instituciones de caridad destinadas a socorrer a los niños abandonados, quienes al igual que los ponían a barrer a las calles de Bogotá, los llevaron sin ninguna preparación a combatir en la guerra al lado de las fuerzas del gobierno. En los archivos no quedaron testimonios, no sabemos ni cuantos llevaron a defender las fuerzas del gobierno, ni cuantos lograron regresar.

Para la época de La Violencia, la infancia del país quedó marcada por los violentos acontecimientos que estremecieron múltiples rincones de la geografía nacional. Un número muy grande de niños y niñas desde su tierna edad presenciaron y vivieron en carne propia, las atrocidades de la guerra. Otros, más distantes del escenario de los acontecimientos, escucharon en múltiples oportunidades, las narraciones de padres, familiares y amigos sobre las crueldades cometidas. Unos y otros, niños urbanos o niños rurales, quedaron señalados por la época. Muchos de los niños oriundos de las zonas de conflicto, vivieron en orfandad, reclusos en alguna de las múltiples instituciones que en la época se crearon para atenderlos. Otros, desde muy jóvenes se hicieron adultos y enfrentaron la

vida solos. Muchos de estos niños habitantes de las regiones rurales, voluntariamente o a la fuerza, tomaron las armas y se hicieron hombres a la sombra de estas organizaciones. Fueron los niños de los sectores más pobres y más desprotegidos de la sociedad quienes asumieron el papel de niños combatientes.

Para finales de siglo y comienzos del siglo XXI, al igual que en épocas anteriores, la extracción de clase marcó el destino de los niños. Los niños y niñas de los estratos medios y altos de los centros poblados no se enteraron siquiera de la existencia del conflicto. Fueron aquellos de los sectores rurales, de las comunidades indígenas y afrodescendientes, de los pueblos más pobres y atrasados, al igual que los niños de los sectores populares de los centros urbanos del país, los que ingresaron a los grupos armados. FALTA poner algo mas

3. Los efectos de la guerra y del conflicto armado sobre los niños y las niñas son múltiples y variados, y generalmente extremadamente complejos y difíciles de solucionar. La violencia y brutalidad que viven influyen sobre sus valores, actitudes y marcan su vida futura. Las consecuencias a largo plazo pueden ser muy graves. Lograr que los niños acepten y respeten al otro para alcanzar los niveles de convivencia y paz es una de las más difíciles tareas de la reconstrucción que debe enfrentar el país si no quiere continuar reproduciendo los ciclos de violencia vividos.

## Notas

---

\* Antropóloga y historiadora, Profesora de la Universidad Nacional de Colombia, Hace parte del grupo de Historia y Antropología de la Antropología Colombiana y Latinoamericana y el de Problemáticas de los Pueblos Indígenas de Colombia. E-mail: [xpachon@gmail.com](mailto:xpachon@gmail.com)

<sup>1</sup> JARAMILLO C., C. E. **Los Guerrilleros del Novecientos**. Bogotá, CEREC, 1991

<sup>2</sup> Ibid.. p. 74.

<sup>3</sup> Idem.

<sup>4</sup> JARAMILLO, op.cit.. 1991. p. 75.

<sup>5</sup> Idem.

<sup>6</sup> JARAMILLO, op.cit.. 1991. p. 7.

<sup>7</sup> Idem.

<sup>8</sup> Idem.

<sup>9</sup> JARAMILLO, op.cit.. 1991. p. 74.

<sup>10</sup> BETANCOURT, Echeverry, D. Las Cuadrillas Bandoleras del Norte del Valle, en la Violencia de los Años Cincuentas. **Revista Historia crítica**, Universidad de los Andes. Bogotá, nº 04, pp. 57-68, 1990. 57-68.

<sup>11</sup> El niño soldado o el niño combatiente durante la época de La Violencia en Colombia no ha sido investigado y no existe un trabajo específico dedicado al tema. A la fecha estoy adelantando una exploración al respecto.

<sup>12</sup> La abrumadora base documental que sirve de fundamento a esta obra remite a una Comisión gubernamental creada en 1958 bajo la Junta Militar con el objeto de investigar las causas de la violencia. Entre los miembros de la Comisión, se encontraba como representante de la Iglesia Colombia, Germán Guzmán Campos, párroco del Líbano, Tolima.

<sup>13</sup> GUZMÁN, G., Fals Borda, O., Umaña Luna, E. (1962). **La Violencia en Colombia**. Carlos Valencia Editores. 9 Edición. Bogotá, 1980. p.147.

<sup>14</sup> VASQUEZ, 1954. En Guzman, Fals, Umaña, (1962).1980. p. 47.

<sup>15</sup> Iden. p. 147.

<sup>16</sup> Iden. p. 49.

<sup>17</sup> Ibid..

<sup>18</sup> Iden. p. 145.

<sup>19</sup> Iden. p. 148.

<sup>20</sup> ORTIS, C. M. Las guerrillas liberales de los años 50 y 60 en el Quindío. **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, (12), pp. 103-153, 1984. p. 105.

<sup>21</sup> Iden. p. 106.

<sup>22</sup> Ibid...

<sup>23</sup> Iden. p. 119.

<sup>24</sup> Iden. p. 20.

<sup>25</sup> Iden. p. 21. MEJÍA AZUERO, Jean Carlo. (2008). "Los Niños y las Niñas Combatientes en Colombia. Sin Derecho a Jugar". **Air & Space Power Journal**: <http://www.airpower.maxwell.af.mil/apjinternational/apj-s/2008/1tri08/mejia.htm!mejia>. 20 de marzo de 2008. p.1.

<sup>25</sup> UNICEF. (2005) **Informe Estado Mundial de la Infancia**, [http://www.unicef.org/spanish/publications/index\\_7344.html](http://www.unicef.org/spanish/publications/index_7344.html). Visitada el 14 de febrero de 2005.

- 
- <sup>25</sup> ÁLVAREZ – CORREA, M. y Aguirre, J. **Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado**. Bogotá: Procuraduría General de la Nación, Instituto de Estudios del Ministerio del Interior, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar. Bogotá, 2002.
- <sup>26</sup> El dato surge de la confrontación de los expedientes de los Juzgados Superiores de Armenia.
- <sup>27</sup> Iden. p. 120.
- <sup>28</sup> Iden. p. 121.
- <sup>29</sup> Iden. p. 122.
- <sup>30</sup> VELÁSQUEZ RIVERA, E. Historia del paramilitarismo en Colombia. **História (São Paulo)** [online] 2007, 26 (Sin mes): [Date of reference: 26 / octubre / 2015]. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=221014794012>
- <sup>31</sup> JARAMILLO C., C. E. Los Guerreros invisibles. El papel de los niños soldados en los conflictos civiles en el siglo XIX en Colombia. Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli (Coord). **Historia de la Infancia en América Latina**. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2007. pp. 54-55.
- <sup>32</sup> (ONU, 2006).
- <sup>33</sup> MEJÍA, AZUERO, *ibid.*.
- <sup>34</sup> UNICEF, 2005.
- <sup>35</sup> ÁLVAREZ, AGUIRRE, 2002. p. 32. Agencia de Noticias, Ejército Nacional. 2004.
- <sup>36</sup> Montoya, 2008.
- <sup>37</sup> ÁLVAREZ-CORREA. y Aguirre, *op. cit.*. p. 32.
- <sup>38</sup> UNICEF, 2003.
- <sup>39</sup> Iden. p. 32.
- <sup>40</sup> Relatora especial de la ONU sobre la violencia contra la mujer, **Informe sobre la Misión a Colombia**, Doc.ONU E/CN.4/2008/83/Add.3.11 de marzo de 2002. <http://www.unhch.ch/huridocda/huridocda/.nsf/Documents?OpenFrameset>. **Coalición Internacional para Acabar con la Utilización de Niños Soldados. Niños y niñas soldados**. Informe Global 2004. Londres N1 9HF. Reino Unido, 2005. Website: [www.child-soldier.org](http://www.child-soldier.org).
- <sup>41</sup> Esta misma cifra se encuentra en Gomez, M. **Infancia en la Guerra: niños y niñas en el conflicto armado en América Latina y el Caribe**. FENALCO, Bogotá, s/f/.
- <sup>42</sup> Álvarez-Correa, y Aguirre, *op. cit.* p. 32.
- <sup>43</sup> LLORENTE, M. V., Chaux, E., Salas, L. M. Nueva evidencia sobre la violencia juvenil en Colombia. Documento de trabajo. Universidad de los Andes, CEDE, Bogotá, 2004. p. 29.
- <sup>44</sup> VERGARA GONZÁLES, O. Ritos de paso en tiempos de guerra: el reclutamiento de niños, niñas y jóvenes en el conflicto armado en Colombia. Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli, Coordinadores. **Historia de la Infancia en América Latina**. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2007. p. 581.
- <sup>45</sup> Álvarez-Correa, Aguirre, *op. cit.* p. 35.
- <sup>46</sup> Según el informe de Human Rights Watch, el 14% de los niños guerrilleros entrevistados por ellos, habían sido reclutados a la fuerza. Algunos de tan solo 12 años de edad (Human Rights Watch, 2004. *op. cit.*).

---

<sup>47</sup> VERGARA, op. cit., p. 583.

<sup>48</sup> Se debe considerar que las FARC es un grupo armado que cumple 43 años de continua confrontación con el estado colombiano.

<sup>49</sup> MEDINA GALLEGU, C. **ELN: una historia contada a dos voces. Entrevistas con el “cura” Manuel Pérez y Nicolás Rodríguez Bautista “Gabino”**. Quito, Rodríguez Ed., 1996, pp. 34-43.

<sup>50</sup> VERGARA, op. cit. p. 582.

<sup>51</sup> Entrevista de Human Rights Watch con “Marta”. Bogotá, 1 de junio de 2002. En: **Human Rights Watch**. 2004. op. cit., p. 47.

<sup>52</sup> Iden. pp. 47, 48.

<sup>53</sup> Se denominan sapos aquellas personas que venden o cambian información por beneficios jurídicos.

<sup>54</sup> Entrevista de Human Rights Watch con “Fabio”. Bogotá, 1 de junio de 2002. En: **Human Rights Watch**. op. cit. 2004. p. 49.

## Bibliografía

Agencia de Noticias, Ejército Nacional. “Entre el temor y la incertidumbre. Menores vinculados a grupos terroristas”. Informe especial. Sábado 20 de noviembre de 2004 [www.ejercito.nal.co](http://www.ejercito.nal.co) idcategoria-36743.

Cerec (191185). **Once ensayos sobre la Violencia**. Editorial Cerec y Centro Jorge Eliécer Gaitán, Bogotá.

ORTIS, C. M. **Estado y subversión en Colombia. La Violencia en el Quindío, años 50**. CIDER Uniandes. Bogotá. 1985.

\_\_\_\_\_. Historiografía de la violencia. En Bernardo Tovar Zambrano (com) **La historia al final del milenio, ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana**, t. V. 1, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Bogotá, 1994.

PACHÓN, X. La infancia perdida en Colombia: los menores en la guerra. **Working Paper Series**, n°. 15. Center for Latin American Studies at Georgetown University. 2009.

Varios. **Pasado y presente de la Violencia en Colombia**, Bogotá, Editorial Cerec. Bogotá, 1986.